



ARTE - HISTORIA FILOSOFIA Y LITERATURA EN RELACION CON LA MEDICINA

CAMINANTES MEDIEVALES

por

GONZALO MENENDEZ PIDAL

Son muy diversas las opiniones que hoy día se manifiestan sobre si, en otros periodos de la Historia, el hombre ha sido capaz de mayor esfuerzo físico que ahora. Por una parte, hay los que extremadamente suponen, como Parmalee Prentice, que hasta la época contemporánea el hombre medio ha vivido depauperado y que, por tanto, su rendimiento ha sido en todos los aspectos muy inferior al del actual; otros muchos, por el contrario, se han forjado la idea de que el hombre actual, en cuanto a vigor, es una sombra de lo que fué.

Como en todo, la verdad no se halla a ningún extremo, pero parece ser que, en muchos aspectos, el hombre occidental ha conocido tiempos en los cuales se ha mostrado más resistente a la fatiga que hoy. Comparemos con la época medieval.

Ciertamente, muchas de las hazañas guerreras atribuidas a caballeros medievales son simplemente fábulas, pero ello no autoriza a pensar que sean falsos todos los hechos de armas que no resulte verosímil atribuir a un europeo actual. Está fuera de duda que el guerrero de la Edad Media era capaz de desarrollar una fuerza increíble para nosotros. Así, por ejemplo, es indudable que, en ocasiones, aquellos hombres podían cortar en dos a un enemigo de un solo tajo; Du Cange recoge numerosos hechos de este tipo: Godofredo de Bullón hendía con su espada a un enemigo desde la cabeza a la silla del caballo. El Cid, en el combate de Alcocer, de un solo tajo dado a un caballero moro, «cortol por la cintura, el medio echó en el campo»; y cosas semejantes nos contará la Historia de otros muchos.

Algunos objetarán a esto que tales hechos sólo se ven atribuidos a hombres excepcionales, dentro de una casta privilegiada. Por eso primero aquí aludir a datos referentes a la masa de los españoles de épocas pasadas, y en adelante tomaré como ejemplo la jornada media que hacia el caminante medieval.

Según el *Poema del Cid*, que tan realista se muestra en todo, son jornadas usuales las de 35 a 50 kilómetros, pero hay aún distancias mayores que los protagonistas cubren en un día como cosa normal: tal es el caso, por ejemplo, del camino entre Medinaceli y Molina, cuyos 61 kilómetros recorren tanto el moro Abengalbón, como doña Jimena con su séquito, o las hijas del Cid; y todavía se hallan descritas jornadas mayores: aquella en que el Campeador, saliendo de Castejón, marcha a tierras de Zaragoza, cubriendo en un día 87 kilómetros. Y téngase siempre presente que, si bien una parte de la hueste de los séquitos va en cabalgaduras, los peones formaban siempre parte del grupo.

Algunos que no conozcan la verosimilitud con que discurre el *Cantar de Mio Cid* pensarán tal vez que estos datos expuestos, no son muy de fiar. Veamos entonces lo que nos dice el libro que, para guía de peregrinos jacobeos, se escribió en el siglo XII. Según esa guía, el peregrino, en su viaje por España, había de caminar a una media de 50 kilómetros dia-

rios, y de las trece jornadas que preceptúa, siete son de 60 o más kilómetros, llamándose cortas a las de 45, y llegando a establecer una de 88, entre Nájera y Burgos, si bien en ese caso advierte que se ha de entender para caballeros.

Con lo dicho creo queda probado que en la Edad Media los peregrinos a Santiago, esto es, las gentes más diversas, hombres y mujeres, niños y viejos, podían hacer jornadas medias de 50 kilómetros, y nada tenía de particular que, tras un día en que habían andado 50 kilómetros, emprendiesen una jornada de 60. Hoy se entiende que un soldado, en una jornada, puede normalmente cubrir a pie 30 kilómetros, y que, en caso de necesidad y en favorables condiciones de temperatura y suelo, la infantería es capaz de cubrir 50 kilómetros en un día. Piénsese que, según los datos medievales expuestos, un peregrino caminaba normalmente lo que hoy se estima excepcional para un soldado, y no debemos olvidar que los caminos medievales estuvieron en tal estado que de ellos se ha dicho, con frase ingeniosa, que eran sitios en torno a los cuales circulaban los caminantes.

Pero ya que en ocasiones he hablado aquí de caballeros, veamos cuál era su resistencia y cuál es la actual. Queda señalado cómo los peregrinos jacobeos del XII tenían que recorrer en un día los 88 kilómetros de Nájera a Burgos, y que la guía de la época había de advertir que esta jornada no era para peones, sino para caballeros. En el *Poema del Cid* vimos jornadas de 87 kilómetros, y unas y otras eran estimadas como normales para el jinete. Efectivamente, según el relato que nos dejó Jerónimo Münzer de su viaje de recreo por España (1494-95), hizo jornadas medias a caballo de 60 y 75 kilómetros, a pesar de lo corto de los días invernales en que caminaba (Zamora-Salamanca en 3 de enero, Toledo-Madrid en 14 de enero). Hoy día se estima como recorrido normal de la caballería militar 45 kilómetros por día, y como caso muy excepcional, 85 kilómetros. Resultando que el jinete, al igual del peatón, tiene hoy por jornada excepcional lo que antes fué normal, y que si hoy se tiene por notable una marcha a caballo de 85 kilómetros, en el siglo XII había que advertir que los 88 kilómetros entre Nájera y Burgos eran jornada de caballeros y no de peatones.

Pero es más; nos encontramos con que, cuando el coche se generalizó como vehículo para viaje, y cuando los caminos de ruedas eran ya relativamente frecuentes, esto es, a mediados del siglo XVIII, se estimaba que el viajero medio podía recorrer una distancia diaria inferior a la asignada al peatón del siglo XII. En fin, que según han ido aumentando los medios de transporte, parece haber ido disminuyendo la capacidad del caminante o del jinete, y hoy es evidente que pocos automovilistas se hallan en condiciones físicas de poder caminar a pie, no ya 88 kilómetros en un día, sino tan siquiera de hacer du-

rante tres días seguidos la jornada media de un viejo peregrino.

—¿Es que ha disminuído la capacidad física humana? ¿Es que los progresos técnicos han hecho perder al hombre su aptitud para caminar largas distancias? Lo que resulta indudable es que la resistencia media a la fatiga ha disminuído considerablemente en el caminante. Y aunque hoy se nos diga que un atleta moderno recorre en menos tiempo que Fidípide los 42 kilómetros que separan la llanura de Maratón, de Atenas, esto no es sino una inadecuada comparación entre el esfuerzo realizado por un soldado, que, tras de haberse batido durante toda la jornada con un enemigo infinitamente superior en número, tuvo después que correr los 42 kilómetros, y por otro lado un profesional de la carrera, que, tras un minucioso entrenamiento y libre de toda fatiga física y psíquica, emprende la prueba en óptimas condiciones.

Es, por lo demás, evidente que la adecuación humana a las necesidades hace al individuo ser capaz de rendir un esfuerzo particular muy diverso según las ocasiones. Pero creo no es menos cierto que el

hombre actual de las ciudades está muy lejos de saber soportar las fatigas físicas del hombre medieval, pongo por caso.

Por último, acaba uno preguntándose si esas largas jornadas a que tan habituado estaba el caminante medieval no eran desmedidos esfuerzos que quemaban rápidamente la vida de aquellos hombres, pues la mayor longevidad del hombre actual no habrá que atribuirle sólo al decrecimiento de las epidemias y al mejor tratamiento de las enfermedades, sino también, en buena parte, al menor desgaste físico a que se ve expuesto el europeo moderno con respecto al medieval.

Lo que falta por saber es si en la resistencia a la fatiga interviene sólo el factor fisiológico, o tal vez tenga más importancia el factor psíquico. Pues es cierto que los caminantes del siglo XII, a quienes la guía de peregrinos fijaba jornadas inasequibles a los actuales, eran indudablemente hombres peor alimentados que los del siglo XX, menos desarrollados corporalmente, pero más tenaces en el caminar y menos inclinados a comodidades.